

## Paisajes culturales de la vid y el vino en Mendoza

*Arq. Eliana Bórmida*

Profesora de la Facultad de Arquitectura. Universidad Nacional de Mendoza

La vitivinicultura es una actividad agroindustrial característica de la provincia de Mendoza, Argentina, donde destaca en la economía con un importante protagonismo. Elabora entre el 70% y 75% de la producción nacional en vinos; ha exportado el pasado año 843.023 hectolitros, que representaron para el país casi 125 millones de dólares y compite en el mercado mundial con excelentes resultados, obteniendo desde 1985 hasta el 2000 cerca de 8700 premios.<sup>1</sup>

Junto a este valor de tipo productivo, la vitivinicultura también identifica a Mendoza como parte relevante de su patrimonio cultural, desarrollado a lo largo de más de cuatro siglos.

Si por vitivinicultura se entiende generalmente una actividad industrial de base agrícola, en realidad es mucho más que eso, porque a lo largo del tiempo se ha consolidado en torno a ella un complejo entretrejo de formas culturales que se manifiestan en la organización y dinámica de cambios del espacio productivo, en la formación de paisajes, en la articulación de las relaciones sociales, en la mentalidad de la gente, sus usos y costumbres, su creatividad, en el imaginario colectivo, en sus valores, orgullos y pertenencias, en sus enlaces con el pasado y el futuro y en sus vinculaciones con el mundo.

La vitivinicultura es una forma de cultura en sentido amplio, que marca y distingue fuertemente la identidad mendocina. Con tal fundamento podemos hablar de una *cultura de la vid y el vino*, como creación colectiva, llena de vitalidad, que abarca los campos de las artes, de las ciencias, del trabajo, de las celebraciones, de los vínculos de sociabilidad. También podemos hablar de los *paisajes culturales de la vid y el vino*, fuertemente asociados a los oasis productivos de la provincia, donde se inserta el rico patrimonio arquitectónico de los cascos bodegueros y donde se desarrollan esos usos, costumbres y tradiciones sociales que dan rasgos constantes al curso cotidiano de la historia y dan testimonio de una mentalidad particular, relacionada con el trabajo constante, ordenado y previsor.

El notable florecimiento actual de la vitivinicultura en Mendoza, luego de cerca de cincuenta años de crisis y decadencia, no es un fenómeno aislado, auto producido, sino que se enmarca en una circunstancia especial dentro de las cadenas de transferencias propias del nuevo orden mundial. La generación contemporánea de vitivinicultores ha iniciado una decidida penetración en las redes del mundo global. Allí ha conocido otras culturas y mercados y en esa pluralidad ha descubierto el inmenso valor potencial que encierran el reconocimiento y la valoración de las identidades particulares y de sus diferencias. El mundo del vino es, sin duda, plural y dinámico. Cada región, cada terruño, cada casa vinícola tiene la facultad de elaborar un producto particular, excelente y distinto y entre todos, en conjunto, pueden conseguir un nuevo valor, el de la diversidad, que cualifica notablemente a esta bebida especial que es el vino. Por esa razón son numerosas las empresas que en los últimos tiempos se han propuesto integrar competitivamente el nuevo orden, elaborando productos de altísima calidad y desarrollando en torno a ellos diversas propuestas que los sustentan, los avalan, y los identifican. Así, los consumidores han visto difundir en estos años una vasta campaña para hacer conocer mejor los vinos finos en sus distintos tipos, varietales y genéricos; han asistido a cursos de degustación para afinar su percepción sensorial y hacerla más apta para captar sutilezas; han admirado envases de notable diseño, botellas vestidas con carácter y etiquetas premiadas; han asistido a reuniones donde la presencia del vino es protagonista y condiciona una cuidada trama de códigos de conductas refinadas, de modales, de comentarios. En estos marcos varias empresas impulsan el desarrollo de las artes, promoviendo numerosos eventos a lo largo del año que enriquecen el nutrido calendario cultural y festivo característico de Mendoza.

En el otro extremo de esta fase final de entrega del producto terminado al consumidor, donde el protagonista es el vino, se encuentra la otra gran

<sup>1</sup> Datos tomados de *Mendoza de Pura Cepa*, Biancheri, A.C. edit., Caviar Bleu S.A., 2000, p.p. 56,74,186,188.

dimensión de la cultura vitivinícola: la dimensión de la vid y de la tierra, del agua y el sol, del paisaje viñatero donde todo se origina. En él, en su comprensión, su valoración, su conservación y desarrollo, también comienzan a centrarse las inquietudes del presente.

El paisaje de la vitivinicultura puede definirse de manera genérica, en singular, sintéticamente, y tiene como principal componente al viñedo, que se extiende en orden, bajo un cielo despejado y soleado. Según sea la época del año, hombres y mujeres trabajadores se afanan en ciertas tareas al aire libre. Un camino rural nunca falta en este arquetipo, y tampoco la bodega elaboradora del vino, con su casa patronal. Naturaleza, industria, cultura y sociedad aportan elementos clave para la definición de este paisaje ideal, que podría representar a cualquier región del mundo.

Pero esa abstracción está lejos de la realidad, que se concreta siempre distinta, porque la fuerte presencia del soporte natural y del devenir histórico-cultural particulares de cada caso condicionan manifestaciones irrepetibles. Justamente, en esa diversidad de paisajes vitivinícolas creados a lo largo del tiempo en cada región, en cada lugar del mundo, se sustenta el valor de sus respectivas identidades. Un paisaje cultural identifica a *un* terruño y a *un* vino, revelando sus atributos esenciales, determinados por factores naturales (suelo, relieve, clima, flora, fauna) y factores humanos (laboreo de la tierra, actividades de la gente, edificación, urbanización, infraestructura). Ahora bien, los paisajes vitivinícolas no se desarrollan linealmente, siguiendo el único argumento de la producción, e integrando sólo aquellos componentes relacionados con el tema. Especialmente en medios como el nuestro, estos paisajes culturales son entes complejos y heterogéneos, fruto de intrincadas tramas donde interactúan la planificación, la iniciativa individual, los conflictos de intereses, con sus arbitrariedades y también el azar. Por tanto no siempre evolucionan convenientemente. No son monotemáticos ni lineales.

Esta primera fase esencial de la cultura vitivinícola a la cual nos estamos refiriendo, o sea la creación y conservación de sus paisajes sustentantes, suele estar descuidada. Y esto es grave especialmente en tres sentidos: primero y principal, porque indica pérdida de valores en la calidad de nuestro hábitat; segundo, porque la degradación del paisaje afecta directamente a la calidad del vino y tercero, ya referido a las estrategias de persuasión de los mercados

consumidores, porque al no poderse apoyar en imágenes apropiadas, la comunicación de los valores del producto pierde fundamentos y se debilita. Asistimos a un fenómeno histórico de florecimiento de la vitivinicultura en Mendoza, pero aún sin la suficiente conciencia sobre la necesidad de acompañar el proceso con una responsable y lúcida protección de sus paisajes culturales, acerca de los cuales deben generarse conocimientos y políticas adecuadas.

### **Mendoza y su patrimonio natural, como soporte de sus paisajes culturales**

La provincia de Mendoza está situada en el cono sur de Sudamérica, entre los paralelos 32° y 37°. El territorio forma parte de la larga cadena montañosa de los Andes. Hacia el este se extiende una vasta y monótona planicie árida, que es la continuidad plana de La Pampa bonaerense, pero ya sin humedad alguna por la distancia del Atlántico. Es el Monte estepario. El relieve contrastante determina fuertes cambios climáticos entre las montañas y la llanura, pero la misma condición mediterránea define en todas partes grandes amplitudes térmicas diarias. El brillo solar es intenso, con una atmósfera límpida y seca que deja ver el cielo azul. Las precipitaciones de verano son cortas y fuertes, a menudo con granizos destructores. Las heladas son frecuentes en primavera, que queman los brotes de las vides y frutales y arruinan las cosechas.

El suelo natural de Mendoza está formado por gruesos estratos de erosión, superpuestos a lo largo de las eras geológicas (Fig. 1). Es tierra desgranada de las montañas, que comienza el ciclo como rocas que se parten por las dilataciones y contracciones térmicas y luego caen por las faldas montañosas, siendo arrastradas por el agua y el viento, suavizando sus aristas con el roce milenar y alcanzando estados diversos: redondos cantos rodados, granzas, ripios, arenas y finalmente limos y arcillas que se desvanecen en el aire.

Mendoza es naturalmente semidesértica, con vegetación xerófila predominante. En el matorral de la estepa abundan jarillas, retamas, cactáceas, jumes, alpatacos, algarrobos, chañares, molles, pastos nativos y arbustos efímeros, que después de las lluvias florecen con vivos colores. Junto a los cursos de agua aparecen cañaverales y totorales. A partir de este patrimonio natural se han desarrollado en Mendoza dos vertientes culturales: la del *secano* y la del *oasis irrigado*.

Ambas son complementarias y convergentes y constituyen una suerte de doble realidad, característica de la provincia. Cuantitativamente domina el secano, con un abrumador 97% del territorio. Solamente un 3% corresponde a los oasis. Sin embargo esta naturaleza artificial, conseguida a fuerza de regar, concentra la mayor población y las actividades económicas y, sin duda, es dominante culturalmente.

Este territorio natural ha sido el hábitat de una larga sucesión de asentamientos humanos, basados en culturas de regadío, sucesión que comenzó hace miles de años, con migrantes del entorno del lago Titicaca, en el altiplano peruano-boliviano. Desde entonces viene practicándose en este suelo la irrigación por medio de redes de canales, para la agricultura. Regar y cultivar han sido, por milenios, actividades cotidianas en este territorio; pero los hombres, hasta el siglo XVI, no dejaron de ser seminómades, manteniéndose en estados de organización intermedios, previos al sedentarismo. En el siglo XVI, el Tahuantinsuyo extendió hasta el río Tunuyán su reino austral, el Collasuyo, transfiriendo la cultura incaica, que irradiaba desde el Cuzco, sobre las bases huarpes nativas. Entonces prosperó el oasis del norte, derivando las aguas de los ríos Mendoza y Tunuyán por canales nuevos o por otros de origen telúrico, abiertos como fallas geológicas por los movimientos sísmicos. En el valle de Güentata se formó entonces una red de canales y acequias sobre la cual se distribuyó la organización de las tribus huarpes, en forma de cacicazgos, cuyas parentelas respectivas ocupaban cada ramal. Por eso, a la llegada de los españoles los canales tenían los nombre de los caciques. En esas tierras regadas se cultivaba maíz, porotos, calabazas.

Mil quinientos sesenta y uno fue el año de la fundación de la ciudad española de Mendoza en Cuyo, con la cual comenzó un lento, radical e irreversible proceso de transformación cultural. La colonización alteró profundamente los patrones de asentamientos humanos, las relaciones del hombre con el territorio y las formas de habitar. El secano acogió el pastoreo con nuevos animales y la formación de inmensas estancias, concedidas a partir de mercedes reales a los beneméritos de la conquista. Estas tierras formaron parte de la jurisdicción de la ciudad recién fundada, estableciendo los territorios que más tarde, a mediados del siglo XIX, constituirían la provincia organizada como parte del estado nacional.

Paralelamente al desarrollo del secano, la agricultura tomó gran vigor en tiempos coloniales. El débil oasis prehispánico del río Mendoza, ramificado a partir del canal Cacique Guaymallén, fue el sitio elegido para establecer la ciudad, con su damero regado y servido por desagües; con sus manzanas y sus casas con huertas y frutales de Castilla. En los cursos de agua del entorno se establecieron nuevas propiedades, con animales, cultivos, molinos, trapiches y bodegas para almacenar vino. Estos núcleos habitados, dispersos en el oasis, condujeron su desarrollo en un proceso que, dos siglos después de iniciado, llegaría a definir a Mendoza como un vergel. Innumerables son las crónicas de aquellos tiempos que describen el oasis mendocino casi como un paraíso de verdor. Había nacido la otra naturaleza, que hoy nos es inseparable (Fig. 2).

Riego, cultivo, trabajo sostenido y prosperidad fueron las claves que consolidaron a Mendoza como tierra agrícola, aunque la superficie destinada a esta actividad fuese relativamente ínfima. Al comenzar el siglo XIX, los paisajes culturales ya tenían el oasis de viñedos y frutales

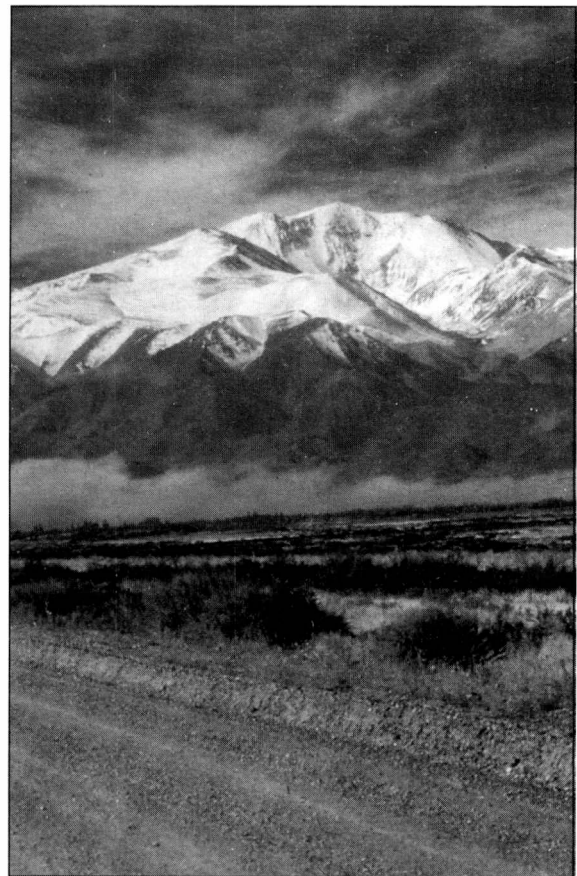


Figura 1. Paisaje natural de Mendoza, con sus estratos sedimentarios.

con gran desarrollo, extendiéndose desde el río hacia el norte, más allá de la ciudad. Olivos, manzanas, duraznos, damascos, peras, ciruelos, membrillos, nueces, almendras fueron aquellos frutos de la tierra que sustentaron la subsistencia y pusieron en marcha el comercio interregional. Pero sobre todos, fue la vid la que llegó a identificar más y mejor a Mendoza. Y con la vid, las viñas y el vino.

El secano, con sus grandes estancias de pastos rústicos, con forrajes, maíz y trigo dominando los vastos paisajes, mantuvo en el siglo XIX su protagonismo real y significativo en lo económico, social y cultural. Pero desde la segunda mitad de aquel siglo, la organización nacional asignó a la provincia nuevos roles, en el marco de una política de progreso que incentivaba el crecimiento y la consolidación ganadera – cerealera de la pampa húmeda y el litoral.

La vitivinicultura fue elegida entonces por los gobiernos provinciales y las elites del poder como actividad fundante de la nueva era de liberalismo y progreso. Allí se desencadenó otra historia, que revolucionó a Mendoza, y es la que ahora nos ocupa.

### **Breve panorama de la historia de la vitivinicultura en Mendoza, con especial referencia a la creación de sus paisajes culturales.**

En brevísima síntesis, el desarrollo de la vitivinicultura mendocina puede esquematizarse en cuatro fases:

1. *Iniciación*: desde el siglo XVI la vitivinicultura, como actividad económica y forma cultural, es trasladada desde Europa y adaptada a las circunstancias locales en un lento proceso que consolidó su tradición a lo largo de cuatro siglos.

2. *Progreso*: fue un intenso y corto período, con un verdadero “boom” entre 1885 y la primera guerra mundial, caracterizado por un vertiginoso crecimiento y cambio impulsados por el liberalismo económico, la industrialización acelerada del sector, el protagonismo de la gran inmigración y las nuevas comunicaciones. La vitivinicultura se impuso como monocultivo.

3. *Crisis*: una sostenida situación crítica se instaló en las décadas de 1960 al 1990, con la sobreproducción de vinos de calidad inferior, la estrechez de mercados y el colapso de grandes empresas familiares tradicionales.

4. *Resurgimiento*: desde la última década del siglo XX, esta etapa se caracteriza por una marcada orientación hacia vinos de gran calidad, que apuntan al mercado nacional e internacional y exaltan la identidad como valor relevante. Hoy cada producto se comunica resaltando sus cualidades intrínsecas y, además, enmarcándolo con la valoración complementaria de sus paisajes, su terreno, su arquitectura, las formas de sociabilidad que promueve en su entorno y los aportes que realiza a la cultura local y global.

Esta periodización escueta que ordena conceptualmente el rumbo seguido por la historia de la vitivinicultura en Mendoza, se ha visto reflejada en la caracterización de distintos paisajes culturales, que representan a cada fase. Estos diferentes paisajes de la vid y el vino no se han sucedido con rupturas netas, sino con continuidad, solapándose en el tiempo sin marcar límites cronológicos estrictos entre uno y otro, pero cediendo al fin el protagonismo de sus rasgos distintivos, en pos de las novedades que la evolución de esta forma cultural ha traído a lo largo de los años.

#### *1. Iniciación*

Del período de iniciación se conservan crónicas y testamentos que cuentan de cepajes rudos, de vides cultivadas como rastreras o con pie alto, como arbolitos (Fig. 3), y regadas a manto o por surcos con agua de acequias. Los vinos, elaborados con “uvas del país”, “uva criolla” o “chica” eran de calidad poco cuidada, ásperos, avinagrados y se admitían adulteraciones diversas, especialmente con mostos, y estiramientos con agua. Los paisajes vitivinícolas de entonces deben haber tenido una rusticidad análoga a la del vino, que los hace muy distintos de los actuales, semejantes a algunos que aún pueden encontrarse en remotas localidades marginales, al

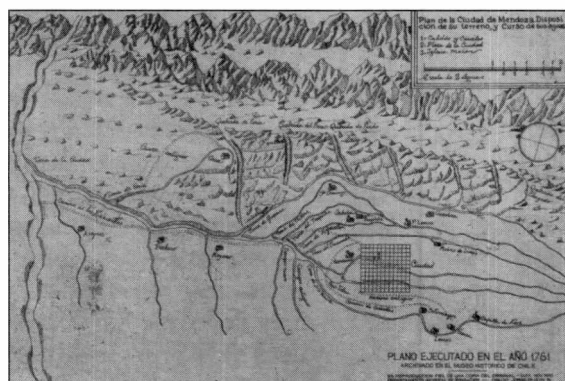
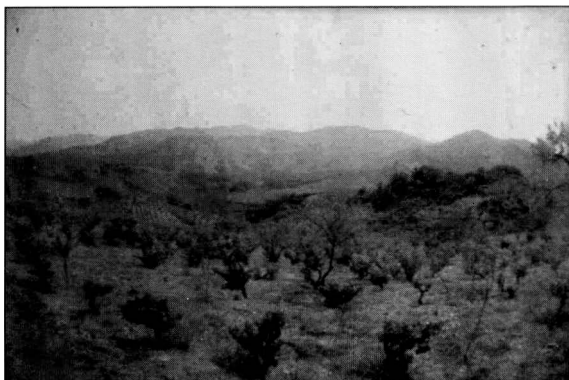


Figura 2. Sistema de riego del oasis de cultivo en 1781

oeste de Salta y de La Rioja. Fincas relativamente pequeñas, con casas y bodegas sombrías, donde se guardaba el vino en vasijas de arcilla y en cuyas galerías se pisaba la uva a pata, en lagares de madera o de cuero de buey. Después de la fermentación y el estacionamiento, el vino aparecía en el paisaje abierto, en sus tinajas de tierra cocida envueltas en totora húmeda, preparadas para la larga travesía de más de dos meses que las llevaba a los mercados del litoral y Buenos Aires. El viaje era en carretas cerradas con cueros de vaca y tiradas por bueyes. Andaban de noche, porque durante los días de calor agobiante y encandilantes de sol era conveniente descansar y reponerse a la sombra, en las postas del camino. Caminos despoblados entonces, sin árboles y sin puentes para cruzar el río caudaloso, que obligaba a parar a los troperos. Allí se desarmaban los rústicos carruajes para transformarlos circunstancialmente en balsas con las cuales se cruzaba la mercancía. Del otro lado se armaba toda la tropa carretera otra vez, reiniciando el viaje. Se cruzaba lugares solitarios, a veces hostilizados por malones en tierras de frontera, o por montoneras gauchas en épocas de caudillos federales. Eran tiempos largos, de cambios lentos en las costumbres y en los paisajes, donde predominaban las estancias.

## 2.- El progreso

Hacia 1880 la vitivinicultura no era el referente principal en el modelo económico ganadero - cerealero entonces imperante en la provincia. Pero éste entró rápidamente en crisis, por la pérdida de los mercados de Chile, el litoral y la pampa bonaerense y debió redefinirse. El nuevo país, fuertemente centralizado en Buenos Aires, abría una nueva era de liberalismo y progreso. Ferrocarril y



**Figura 3.** Viñas “arbolito”, usadas en la época colonial.

telégrafo fueron los principales nuevos agentes dinamizadores de este cambio revolucionario, que afectó a la cultura agraria y a sus paisajes desde 1885. Caminos y canales de riego cambiaron vertiginosamente desde la centenaria tradición (Fig. 4), ampliando redes y haciéndolas más eficientes. El campo se articuló con estas innovadoras infraestructuras y sostuvo la radicación de florecientes propiedades agrícolas y de un intenso poblamiento, multiplicado por una masiva inmigración. Detrás de los cambios había una firme voluntad política de progreso, implementada por medio de la colonización agraria de tierras fiscales, la conversión productiva de antiguas estancias y el fomento de la industria y el comercio interregionales.

Fueron tres décadas de verdadera *euforia vitivinícola*, que condujeron al nuevo modelo en forma de monocultivo. En el oasis se estableció la impronta cultural de la vid y del vino, definiéndose sus característicos paisajes. En esos treinta años los viñedos crecieron de 2.729 ha. en 1883 a 53.768 ha. en 1912<sup>2</sup>, extendiéndose más allá del oasis norte, hacia los ríos del sur, Diamante y Atuel, recientemente integrados al territorio nacional después de la Campaña del Desierto. La vitivinicultura en Mendoza avanzó de la mano de los nuevos ideales civilizatorios, marcando territorios y mentalidades con los signos de la nueva era.

En estos tiempos se sistematizó la nueva red de riego, con más canales y diques derivadores; el principal de éstos fue obra del Ing. romano Cesar Cipolletti, en 1895. El tema del agua fue crucial para el crecimiento, abordándose a partir de una importante Ley de Aguas, de 1884, y de un organismo estatal, el Departamento General



**Figura 4.** Canal de riego.

<sup>2</sup> Coria Lopez, L.A. y Fortín de Inones, L. “El boom vitivinícola mendocino (1883-1912) y la acción del estado”, en Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza (RJEHM) N° 1, 1997, p.p. 155-156.

de Irrigación, que asegura hasta hoy la provisión, los turnos y el justo control del escaso recurso en la nueva comunidad agrícola formada por "regantes". De estos instrumentos derivan las bases del ordenamiento funcional del oasis bajo riego mendocino (Fig. 5).

Los viñedos de cepajes rústicos se convirtieron con reconocidas variedades europeas, introducidas desde 1853 en la Quinta Agronómica por Michel Aimée Pouget. Malbec, cabernet, borgoña, pinot, sangiovese y trobbiano fiorentino fueron las más difundidas, aunque entonces se plantaron mezcladas, sin rigor ni clasificación precisa. Los vinos mejoraron, a partir de una renovada enología de base científica. Las fincas evolucionaron, modernizándose al laboreo de la tierra con las ciencias agrarias, la maquinización y la innovación tecnológica, impulsadas por las intensas transferencias desde los polos vitivinícolas de Francia e Italia.

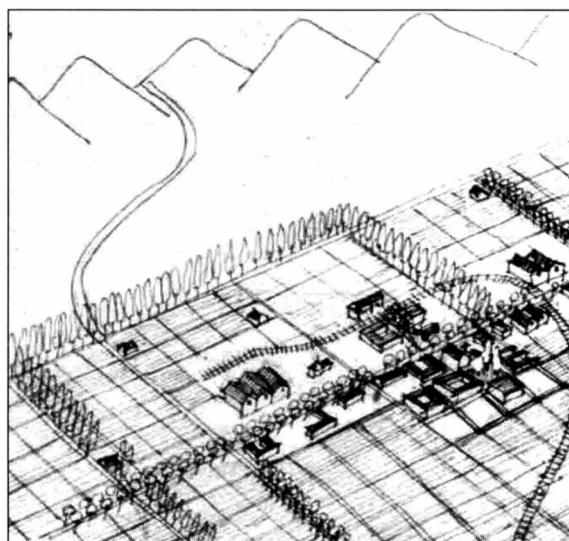
El sistema educativo se encaminó hacia la capacitación teórico-práctica de técnicos en vitivinicultura y enología, preparando capataces y administradores de bodegas y viñedos, que supieron conducir el acelerado ritmo de los procesos de cambio.

Paralelamente, fincas y bodegas se organizaron como empresas modernas, apoyadas por bancos de crédito, compañías aseguradoras, de préstamos y de servicios, sociedades de fomento y de regulación. Una actualizada legislación provincial dio el marco de derecho, justicia y seguridad a las tres fases de la industria: viñatera, vinícola y comercial, garantizando el ansiado progreso.

Nada pareció escapar a las previsiones de los hacendados, que lograron la consolidación del modelo vitivinícola en esos escasos treinta años. Nada fue casual, todo resultó de una ardua tarea coordinada por el estado y la iniciativa privada, con voluntad y determinación compartidas.

De esos años de euforia nos han llegado los paisajes culturales tradicionales de la vid y el vino mendocinos. Una estudiosa del tema, la prof. Rosa G. De Onofri<sup>3</sup> ha destacado sus rasgos más importantes: los cursos de agua y los caminos. Junto a las acequias se encuentran las hileras

de álamos, introducidos en Mendoza a comienzos del siglo XIX, con los cuales se limitan las propiedades y se forman barreras corta vientos. Los terrenos se nivelan, se retiran las piedras, se limpian, se surcan con canales y se organizan geométricamente con trazados de líneas rectas, aptos para el nuevo tipo de viña adoptado entonces, en hileras con alambres (Fig. 6). Advierte esta misma autora cómo el paisaje de viñedos fue pronto tomando características homogéneas y pareciéndose al ambiente de la tierra natal de los nuevos pobladores inmigrantes, en su mayoría italianos, a medida que éstos se arraigaban a la tierra y progresaban. Señala además que los establecimientos bodegueros de entonces, importante patrimonio, son otros signos potentes de esos paisajes culturales de las primeras décadas del siglo XX. Signos evidentes por su cantidad y sus contenidos culturales. Ellos muestran la evolución conseguida desde los rudimentarios casos de naves únicas, construidas con adobe y techos de rollizos y caña con torta de barro, hasta los excepcionales modelos de varias naves yuxtapuestas, levantadas con mamposterías de ladrillo de impecable ejecución en lenguajes clásicos y cubiertas con techos metálicos, industrializados (Figs. 7 y 8). Estas bodegas formaban cascos con las casas patronales y su presencia junto a la extensión de las viñas "daban cuentas de la fortuna de sus dueños" (Figs. 9 y 10). Finalmente, los paisajes vitivinícolas también están fuertemente asociados



**Figura 5. Esquema de una unidad productiva viñatera tradicional.**

<sup>3</sup> Guaycochea de Onofri, Rosa. "El área vitivinícola de Mendoza" en *Construcción de la ciudad. La colonización del territorio argentino (1872-1925)*, Barcelona, Grupo 2C, 1976.

a la urbanización del agro. Estos poblados periféricos, vinculados por caminos y cauces de riego, se construyen adoptando una organización lineal y discontinua, tienen un carácter semiurbano y las casas, levantadas al borde de las calles, son solo una barrera entre ésta y las viñas, que se extienden detrás. Los centros de estos pueblos son tan lineales como sus extensiones, aunque más continuos y con mayor vitalidad de usos públicos. Cuando se han creado formalmente otros tipos de centros, con plazas, por ejemplo, rara vez han logrado consolidarse como tales, permaneciendo, en cambio, débiles y desarticulados, subordinados al modelo espacial de los asentamientos lineales.

### 3.- Crisis

Hacia mediados del siglo XX, por un desacertado manejo de las complejas variables, fruto quizás de la inmadurez por el vertiginoso progreso, la vitivinicultura mendocina entró en una meseta crítica y luego en decadencia. El paisaje cultural correspondiente al medio siglo siguiente

expresa esta grave situación vivida. Los viñedos siguieron extendiéndose, pero apuntando sólo a la cantidad y no a la calidad de los vinos, con proliferación de cepajes comunes y erradicación de los finos. Las nuevas plantaciones, estimuladas desde el estado con ventajas impositivas, se alejaron de los oasis irrigados por canales y se instalaron en tierras periféricas, utilizando agua bombeada de napas subterráneas, con innovadores sistemas de riego. Mientras tanto, dañinas políticas de uso del suelo, acompañadas por programas de construcción masiva de viviendas, impulsaba la sustitución de los viñedos tradicionales, que se levantaban para alojar enormes barrios, desarticulando los oasis y desbaratando para siempre sus estructuras funcionales y productivas.

El paisaje viñatero de los mejores suelos perdió unidad, como en Luján de Cuyo y Maipú, fragmentado por nuevas vías de circulación primaria, por zonas industriales heterogéneas, o por zonas de usos mixtos incoherentes y con poca calidad para vivir. Las bodegas antiguas se abandonaron o sufrieron sustracciones y



**Figura 6.** Antigua Bodega Furlotti, Maipú, Mendoza.  
Fuente: *Los argentinos a S.A.R. el Principe di Piemonte Umberto di Savoia en ocasión de su visita a Mendoza MCMXXIV.*



**Figura 7.** Paisaje con bodega y viñedo tradicional.  
Fuente: FOIX-VIDAL BUZZI. *Argentina Bodegas, Viñedos y Vinos*, Ed. Llamoso, 2000.



**Figura 8.** Bodega de ladrillo ca. 1920.

modificaciones malas e irreversibles; las nuevas disminuyeron su calidad arquitectónica, resolviéndose como elementales galpones o simplemente reduciéndose solo a un conjunto de vasijas vinarias agrupadas a la intemperie.

Las fincas levantadas que conservaron usos agrícolas se ocuparon como chacras, para la producción de verduras y hortalizas destinadas al consumo de las ciudades en expansión. Estas formas de usar la tierra, más rentables, permitían una transición hasta que el propietario conseguía para ella el destino buscado: la gran operación inmobiliaria.

#### 4.- Resurgimiento

A fines de la década de los ochenta, en un marco de estabilidad, mayor apertura externa, desregulación y menor presión impositiva, se estableció un "ambiente de negocios" adecuado, que alentó a invertir a los tradicionales empresarios y a otros nuevos, relacionados con los mercados globales. Se inició una nueva etapa, con fuerte protagonismo de la actividad privada en el desarrollo de la industria, que apunta hoy a la excelencia y a la competitividad a nivel mundial. Esta consolidación del vino mendocino de calidad ha implicado también transformaciones profundas de otras variables como el mejoramiento de los viñedos con una reconversión hacia cepajes finos; la actualización tecnológica tanto en la viña como en la bodega, la mayor especialización de los enólogos, la persuasión y educación de los mercados consumidores y el crecimiento de las exportaciones. El consumo interno del vino en la última década ha crecido de 1.7 millones a 5 millones de hectolitros.



**Figura 9. Paisaje de Vistalba, Luján de Cuyo, Mendoza.** Fuente: FOIX-VIDAL BUZZI. *Argentina sBodegas, Viñedos y Vinos*, Ed. Llamoso, 2000.

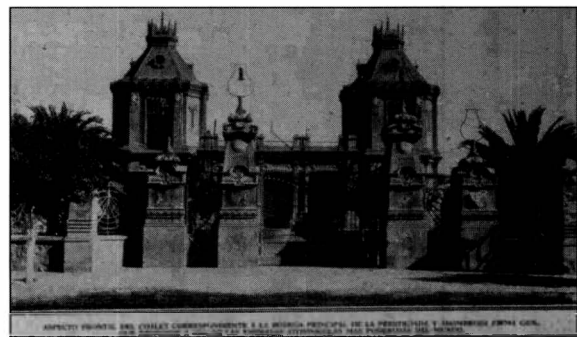
Con respecto al comercio exterior hoy son más de 80 las empresas locales que exportan y el envío de vinos al exterior supera los 150 millones de dólares<sup>4</sup>.

Hoy se manifiesta un nuevo entusiasmo vitivinícola, aunque más prudente que el de la centuria anterior y con nuevas características (Fig. 11). Hoy se comprende que el vino es una bebida de excelencia, en torno a la cual se desarrolla toda una cultura y una identidad plural. Mendoza se prepara para asumir el fenómeno con conciencia y esto se manifiesta en gestos y en programas públicos y privados, individuales y colectivos. Estas ganas y esta voluntad se expresan en el ambiente, donde surgen nuevos paisajes culturales representativos de esta nueva mentalidad.

#### Los paisajes culturales de la vid y el vino de hoy

A la vera de las tradicionales alamedas y de los carriles sombreados por plátanos se ven hoy fincas extraordinarias (Fig. 12), cuidadas con extrema prolijidad y protegidas de los rigores del clima con suaves velos y regadas por goteo. Son enormes extensiones de viñedos plantados en hileras altas o bajas, con sus palos de eucalipto y sus tensos alambres. Testimonian disciplina, conocimiento y planificación y sobre todo amor y orgullo por lo que se está haciendo bien (Figs. 13 y 14). En esta nueva era Mendoza posee dos tipos de paisajes culturales de la vid y el vino, que tienen orígenes distintos y características también diferentes: aquellos tradicionales, resultantes de la evolución de largos procesos históricos con altibajos, que han dejado sus profundas marcas y aquellos otros paisajes inaugurales, que van armándose sobre tierras vírgenes o casi vírgenes, como el Alto Valle de Uco.

Los primeros se perciben como ambientes de



**Figura 10. Fachada del Chalet Giol, de la antigua bodega La Colina de Oro, Maipú, Mendoza.** Fuente: *Los argentinos a S.A.R. el Príncipe di Piemonte Umberto di Savoia en ocasión de su visita a Mendoza MCMXXIV.*

<sup>4</sup> Datos tomados de *Bodegas & Terruños*, la Revista del Centro de Bodegueros de Mendoza – Número 11, junio 2001.

calidad mediocre, mezclados y fragmentados, con restos aparentemente inconexos, supervivientes de diversas tramas productivas montadas a lo largo del tiempo. Generalmente corresponden a áreas definidas por el planeamiento como "áreas mixtas": un poco de cultivos, otro de viviendas, industrias y todo lo que obviamente acompaña a ese desorden. Estos paisajes son complejos y conflictivos, pero merecen rehabilitarse.

*Rehabilitación* es la clave para la intervención en estos casos, donde es necesario emplear metodologías precisas, que comienzan por el relevamiento físico del lugar y la investigación histórica e interdisciplinaria, para alcanzar un diagnóstico de la situación a abordar y una lúcida y sensible interpretación de sus esencias y potencialidades.

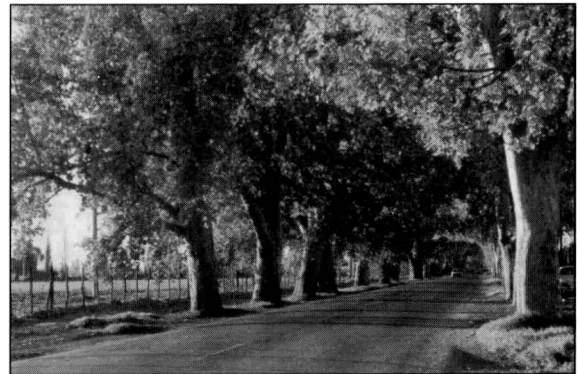
Un ejemplo representativo de estas problemáticas lo constituye en Mendoza el área de Rodeo del Medio, sobre un tramo del camino hacia Buenos Aires, muy próximo a la ciudad. Se trata de una localidad de importantes tradiciones con un patrimonio destacable en cuanto a



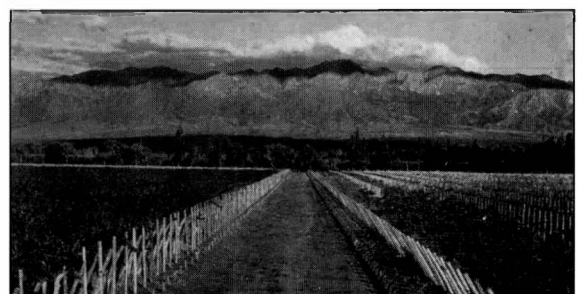
**Figura 11.** Imagen publicitaria de vinos basada en el paisaje cultural de viñedos.

paisajes culturales. Hay allí tierras de cultivo con viñedos, olivares, quintas de frutales, chacras; también patrimonio arquitectónico de diversas épocas, desde casonas coloniales de la época ganadera hasta estaciones ferroviarias abandonadas y bodegas increíbles, como la Torre Vinaria Sernagiotto, creada en 1968 por el enotécnico Emilio Sernagiotto para la Escuela de los salesianos, hito cultural centenario del lugar y única escuela de enología de Sudamérica. También se encuentran allí, en paralelo, los tres caminos históricos sucesivos que han conectado Mendoza con el Río de la Plata: el camino de carretas, con sus canales de tierra, la ex Ruta Nacional N°40 acompañada por las vía férreas y el tendido eléctrico y la moderna autopista. La accesibilidad del lugar es óptima y el paisaje, una vez que se lo desentraña, posee notable interés; pero se lo recorre mal y todo se presenta descompuesto y degradado a la vista. Además el planeamiento ha señalado el lugar para el avance urbano, sin indicar con fundamentos apropiados cómo debe darse ese avance.

Es exactamente en este punto donde debemos formar especialistas, provenientes de la multidisciplina, y grupos de trabajo capaces de orientar con precisión acciones generales y puntuales, que controlen los cambios con



**Figura 12.** Carril forestado con plátanos.

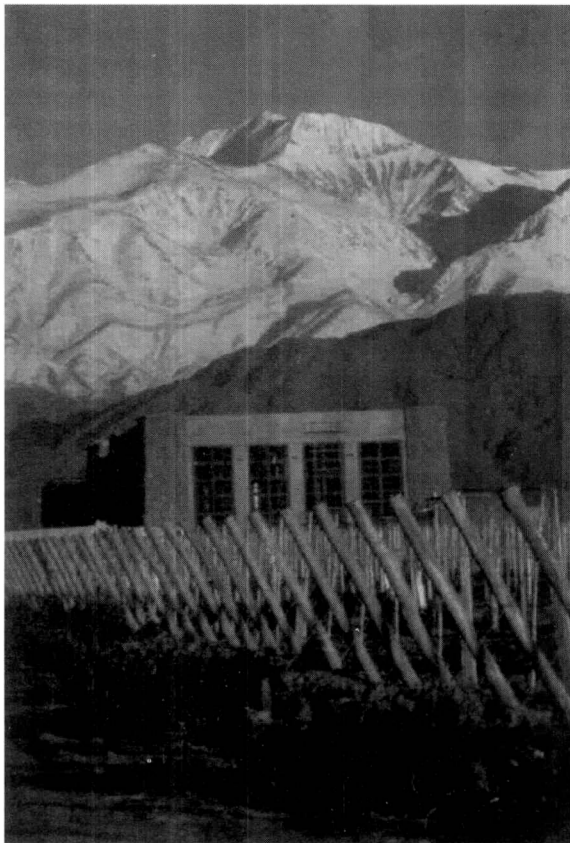


**Figura 13.** Finca "Las Palmas", representativa de los nuevos viñedos mendocinos. Fuente: FOIX-VIDAL BUZZI. *Argentina - Bodegas, Viñedos y Vinos*, Ed. Llamoso, 2000.

inteligencia y apropiadamente. En rehabilitación de paisajes degradados aún está todo por hacerse.

En cuanto al otro tipo de paisajes, aquellos inaugurales, también podemos decir con razón que está todo por hacerse, pero en otro sentido, para evitar degradarlos. En estos casos no se trata de rehabilitar sino de *conservar y proteger* la naturaleza como mayor protagonista, dentro de un desarrollo agro – industrial respetuoso del medio ambiente, convencido de que en este binomio naturaleza e industria son compatibles y complementarias dentro de un determinado enfoque cultural: éste que estamos desarrollando.

Porque, al fin de cuentas, los paisajes y ambientes de la vid y el vino no son nada sin el soporte natural, que debe ser el origen y el fin de nuestros cuidados. Es la naturaleza el fondo constante de todas las escenas y la que define las cualidades del espacio. Mendoza es siempre Mendoza con cielo azul, su aire transparente, su sol brillante que derrite la nieve en las montañas,



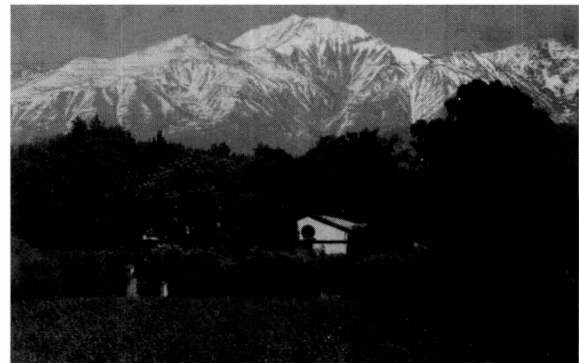
**Figura 14. Bodega Séptima, Codorníu Argentina, Luján de Cuyo, Mendoza, 2001.**

su agua en los canales, sus tierras áridas y pedregosas y sus verdes intensos conseguidos a fuerza de regar (Fig. 15).

Más allá de las variaciones históricas que aporta el cambio de formas culturales, la naturaleza impone su presencia imperturbable a partir de la maciza mole de los Andes, donde todo se origina. Nadie duda que la orientación carismática de la provincia es el oeste. Allí dominan las formidables montañas, creadoras del agua de riego, que baja por cursos abiertos en sus faldas o se escurre subterráneamente alimentando cuencas secretas, y creadoras también de las tierras de cultivo, con sus espesos mantos de arena y piedras.

En las estaciones del año, los relieves andinos cambian al cubrirse con nieve, al verdear con las lluvias estivales o al palidecer con los otoños ventosos y los fríos inviernos. Pero desde el llano, desde las fincas cultivadas, las lejanías montañosas adquieren casi siempre una tonalidad violácea que cierra el horizonte. Es el color de la distancia, donde la macizez de los Andes, su materia colosal, no es perceptible a los ojos. En los crepúsculos esa ilusión persiste y se acentúa, transmutando los relieves quebrados por las luces y sombras del día en siluetas planas y serenas, etéreas, translúcidas, superpuestas, donde lentamente los colores se apagan de violetas y morados a los grises neutros y oscuros de la noche.

Imposible imaginar cualquier paisaje de la vid y el vino en Mendoza sin su naturaleza fundante, sin su otoño que cierra el tiempo de cosechas y tiñe con dorados y cobrizos persistentes los follajes de viñas y arboledas. Sin su verano bucólico,



**Figura 15. Bodega Lagarde, Luján de Cuyo, rehabilitado y puesto en valor su paisaje cultural.**  
Fuente: FOIX-VIDAL BUZZI. *Argentina - Bodegas, Viñedos y Vinos*, Ed. Llamoso, 2000.

denso de calor y sequedad, de aire inmóvil, donde los racimos se hinchan jugosos a la sombra de las hojas frescas, donde brillan en los surcos hilos de agua, o donde se oscurecen húmedos los terrones al pie de las cepas. En contraste, el paisaje del invierno en las viñas podría parecer abandonado y muerto si no se tuviese en él la amorosa evidencia del trabajo del agricultor. El ha cortado todos los racimos, ha podado todas las vides y las ha atado con totora a los alambres con miles de nudos, para cuidar su descanso y el origen de la nueva vida, que reaparecerá en los brotes delicadísimos de la primavera.

Los paisajes de la vid y el vino tienen la peculiaridad de requerir de nosotros múltiples percepciones. Vistas lejanas, panorámicas, donde se capta el espacio, el ambiente total en su grandeza y vistas desde adentro, íntimas, sustanciales, donde se exaltan todos nuestros sentidos, donde los olores, los colores, los sabores, las sensaciones en la piel y los sonidos nos pueden conmover. Quien no ha tenido vivencias de todo esto no ha llegado al fondo de los paisajes. Solamente los ha visto con los ojos y esa experiencia es incompleta.

El conocimiento de la historia de la cultura también aporta riqueza a nuestra percepción de las cosas. Una subjetividad afinada y nutrida con imágenes e ideas de lo que ya no está, de lo que fue antes y desapareció, o de cómo ciertos fenómenos o situaciones ocurren en otras partes nos da una matriz para la observación, que saca partido de las interrelaciones.

La percepción es un proceso complejo donde no todo ocurre conscientemente, conducido por

nuestra visión objetiva. Las profundidades a las que suele penetrar nuestra observación de las cosas suelen estar determinadas en gran parte por nuestra capacidad de relacionar, de evocar, de comparar, de integrar lo nuevo que se nos presenta con lo que guarda nuestra memoria, y este proceso combina mecanismos voluntarios conscientes, dirigidos, inteligibles, con otros subconscientes, espontáneos, que nos sorprenden por sus aportes. Por eso es importante el conocimiento de otras dimensiones de las cosas, que no se presentan directa y simplemente a los sentidos, sino que hay que investigarlas, descubrirlas. Tal es el caso de la dimensión del tiempo largo, de la historia de la cultura, donde todos nuestros fenómenos humanos se enmarcan.

Refiriéndonos a los paisajes culturales, es notable la penetración que se logra en la percepción cuando el observador es capaz de trasponer una realidad inmediata - sin evadirla en su sustancia - y darle profundidad con sus evocaciones personales.

Finalmente, el paisaje adquiere así, para quien sabe percibirlo, una densidad y complejidad nuevas. El paisaje se vuelve insondable y subjetivo, porque sus componentes y su estructura van a presentarse de manera diferente a los distintos sujetos. Según sea quien perciba, cambiará la atención prestada a diversos signos del mismo paisaje. Así, un científico, un técnico, un historiador, un poeta, un agricultor, un turista y un diseñador del paisaje percibirán en él algo propio. La percepción está condicionada culturalmente, por eso no pueden existir descripciones definitivas totales y abarcales de los paisajes; sino sólo aproximaciones, como ésta que presentamos hoy.

## Bibliografía

- Guaycochea de Onofri, Rosa. "El área vitivinícola de Mendoza" en *Construcción de la Ciudad. La colonización del territorio argentino (1875-1925)*, Barcelona, Grupo 2C, 1976
- Guaycochea de Onofri, Rosa. "Arquitectura de Mendoza". Universidad de Mendoza, Mendoza, 1978.
- Perez Romagnoli, E. Richard Jorba, R. "Geografía del vino en Mendoza: distribución y difusión de las bodegas en los comienzos de la etapa industrial (1880-1910)", en *Revista Estudios Regionales* N°11, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Villalobos, Ana María. "Preinventario de Bodegas del Oasis Norte" Resolución N° 0182- Exp. N° 336-D-98-87000-IPC. Mendoza, 1998.
- Biancheri, Anne Caroline (edit.) "Mendoza de Pura Cepa", Caviar Bleu S.A., 2001.
- Cozzani de Palmada, Rosa. "Sociedades y espacios de inmigración". Ediunc. Mendoza, 1997.
- Bórmida, Eliana. "La arqueología industrial como base del desarrollo estratégico. Los terruños vitivinícolas tradicionales de Mendoza". Seminario Internacional "El patrimonio de la industria, la infraestructura de servicios y el transporte - revalorización crítica y perspectivas de rehabilitación", 24 al 26 de Septiembre, Rosario, Santa Fe.